



JOSÉ SOTO CHICA

EL
DIOS
QUE HABITA LA
ESPADA

PREMIO
NARRATIVAS
HISTÓRICAS
2021



En el año 568, Hispania, prácticamente olvidada por el Imperio romano y habitada por diversos pueblos debilitados y enfrentados entre ellos, es una tierra peligrosa en la que imperan el caos y la batalla.

Pero Leovigildo tiene un sueño: un reino fuerte y unido, con un único rey y una única ley igual para todos. Un reino en paz para sus hijos, Hermenegildo y Recaredo. Aunque sólo Valtario, señor de la guerra implacable y mortal, cree en principio en el sueño del rey. A su alrededor, todo serán conjuras, traiciones y revueltas, que incluso le llegan desde el lecho conyugal, pues su esposa, la reina Gosvinta, tan cruel como inteligente, planea un futuro muy diferente. Viven una edad oscura, tiempos convulsos, a caballo entre el dios cristiano y el antiguo dios de los godos, el dios furioso, aquel que habita en la espada...

Es ésta una novela de sangre, guerras y miedos, de espías y conjuras, pero también de fe, amor y esperanza. José Soto Chica, historiador consolidado y conocido, consigue, con *El dios que habita la espada*, una obra vibrante a la par que meditada, de prosa ágil y tremendo pulso narrativo, donde nos narra una época de la historia de España que aún hoy permanece, en parte, desconocida: el reinado de Leovigildo, primer rey de Hispania. Y lo hace con el corazón en la mano, descubriéndose como un impecable narrador del alma humana, con sus grandezas y sus miserias.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Nota del autor

Glosario y topónimos

Breve glosario

Agradecimientos

Sobre el autor

Prólogo

Corduba, Hispania, A. D. 551

Llovía. Agua fría en un atardecer de acero. Agua mezclada con sangre. El caos y la tormenta. La desesperación y la destrucción de un ejército.

Agila, el rey, gritaba órdenes sin descanso mientras, a su alrededor, los hombres caían. Desde las azoteas de las casas y desde detrás de las ventanas, los arqueros disparaban sin cesar, y desde todas y cada una de las calles volaban piedras y venablos lanzados por hombres furiosos que, espada o cuchillo en mano, se abalanzaban a matar como posesos.

Había mucha rabia allí. Esa misma mañana habían entrado en Corduba como vencedores. Después de que el senado de la ciudad doblara la cerviz, Agila, *rex gothorum*, había irrumpido a caballo en las iglesias y palacios de la ciudad sometida. Luego... Luego, sin saber muy bien por qué, todo se fue al infierno. Brotó una chispa en la mente de alguno de los humillados, y lo que había sido miedo y derrota se transformó en odio y furia, y los que habían entrado como conquistadores se vieron rodeados, acuchillados, derribados de sus caballos, pisoteados, despedazados...

Y entonces comenzó a llover. Sangre y lluvia sobre las viejas calles de Corduba. ¿Y ahora? Ahora sólo trataban de sobrevivir, y para ello había que salir de aquella ciudad transformada en maldición.

Gritos. Muerte. Sangre. Lluvia. Se abren paso a fuerza de lanza y espada. Los caballos resbalan sobre las empavesadas calles y caen al suelo relinchando y coceando. Los

hombres maldicen y alzan sus escudos para protegerse. No todos lo logran. Muchos aúllan de dolor, otros lloran en el suelo mientras tratan de sujetarse las entrañas y la vida.

Ya están en el viejo foro. Vieja gloria arruinada teñida de nueva sangre. Más y más cordubenses se suman al combate. En el torbellino de muerte, ya sólo se piensa en salir de allí con vida. Con vida, y con el tesoro real.

No va a ser fácil. Un venablo hierde en el cuello al caballo del rey. La bestia se detiene en seco. Tiembla espasmódicamente y se derrumba. Pero llueve tan fuerte y gritan tanto los hombres en torno del caído monarca, que el relincho del gran bruto y los gritos de Agila se pierden en el tumulto.

El hijo del Rey ve cómo cae su padre y corre a ayudarlo. Pero es aún un muchacho. Tan sólo eso. Una flecha lo alcanza en la garganta. Y muere.

Valtario lo ve. Es amigo del príncipe desde que puede recordar, así que tarda en comprenderlo: se está ahogando en su propia sangre. El muchacho trata de sacarse la flecha de la garganta. Sus ojos desencajados reflejan el pánico y la desesperación. Su boca es un silencioso y rojo grito. Valtario corre hacia él. Los dos tienen la misma edad, trece años, y no es edad de morir. Pero se muere. Siempre se puede morir.

Valtario se postra junto a su amigo. A su alrededor, la batalla ruge; se pelea y se mata con saña y fiereza. Pero su amigo está muerto, y él grita su nombre y lo acuna entre sus brazos. Cerca, Agila también grita y llora, desesperado e impotente, inmovilizado bajo el peso de su montura muerta mientras contempla cómo su hijo agoniza sin que él, el poderoso Agila, rey de los godos, pueda hacer nada por impedirlo.

Al fin, uno de los gardingos del rey logra llegar hasta ellos, y alza el escudo para protegerlo. Pronto se le unirán más hombres, que rápidamente forman un muro de escudos. Mientras sacan al rey de debajo de su caballo, no ce-

san los gritos pidiendo una nueva montura, y más y más soldados se suman a la defensa en torno a Agila.

Valtario sigue junto a su amigo. ¿Está llorando? No, él, Valtario, no llora, nunca lo hace. Él es el hijo de Walia el Fuerte y no puede llorar. Llueve. Sí, eso es, lluvia que le moja la cara y sangre que le empapa la túnica, las calzas y las botas. Sí, todo eso y los ojos inmensos de su amigo, abiertos y sin vida.

—¡Proteged al rey! ¡Proteged al rey!

Quien grita es precisamente su padre, Walia el Fuerte, gardingo real, hombre del rey. Lo empuja con brusquedad, obligándolo a ponerse en pie.

—¡Arriba, Valtario! ¡Al caballo! ¡Y deja de llorar! ¡Vuelve a montar, te digo!

Los gritos de su padre se sobreponen a la locura y la matanza. Su padre siempre sabe lo que hay que hacer. Su padre es más fuerte que nadie. Su padre nunca le fallará. Su padre nunca morirá.

Alguien agarra la brida del nuevo caballo para el rey. Agila resopla al tratar de encaramarse al lomo de la montura. El rey llora. Llora por su hijo muerto, por la humillación y la derrota. El caballo se alza sobre los cuartos traseros. Tira fuerte de las riendas; a su alrededor vuela la muerte, y en su pecho se agolpan el miedo, la pena y la furia.

—¡Matadlos a todos! —aulla el rey mientras le acercan un nuevo escudo y una lanza.

Las calles están abarrotadas de las monturas caídas, de hombres agonizantes o pálidos como la cera y de muchos más que se matan o mueren.

Un grupo de cordubenses carga sobre la guardia. Los hispanos superan a los godos. La lucha es salvaje, y el agua ahora no cae con suficiente fuerza como para lavar tanta sangre. Pronto los cordubenses alcanzan los carros del tesoro real.

Lluvia, sangre y oro reluciente a la luz pálida de la tarde gris. El oro de Roma y Jerusalén. El oro de cien, de mil ciu-

dades. El oro que se fue acumulando durante siglos en el Forum Pacis de Vespasiano, en los santuarios capitolinos de Roma y en sus innumerables palacios y templos, hasta que, ciento cuarenta y un años atrás, los visigodos de Alarico lo tomaron y ahora, allí, en Corduba, van a perderlo.

Los mulos que tiran de los carros son desjarretados. Las bestias abren empavorecidas los ojos y una a una se desploman junto a los guardias y conductores de los carros, en una confusión sangrienta de cuerpos entre la que se abren paso los asaltantes a base de hierro y rabia.

El tesoro de un reino es su esencia. Los godos llevan arrastrando el suyo por medio mundo desde los tiempos del primer Alarico. En él está su pasado y habita su futuro...

De alguna manera, a fuerza de valor y desesperación, los godos logran romper las líneas para nueve de los carros y volver a uncirlos a un puñado de enloquecidas bestias. Pero los últimos tres sucumben bajo un aluvión de enemigos; hombres triunfantes que desgarran las telas que cubren los carrago y que revientan a hachazos los arcones repletos de oro, de piedras preciosas y objetos maravillosos.

El oro reluce bajo la lluvia y se mancha de sangre. Entonces, los hispanos alcanzan el décimo carro. Al dejar a la luz las maravillas que oculta, es como si un rayo áureo y esmeraldino quebrara el gris del atardecer. A la vista de todos queda el *missorium* de quinientas libras de oro cuajado de esmeraldas y granates que el Patricio, y tres veces cónsul, Flavio Aecio regalara cien años atrás al rey Turismundo en agradecimiento por combatir a su lado contra Atila, rey de los hunos. Y también algo aún más rutilante si cabe, sagrado y antiguo: la fabulosa mesa del rey Salomón; aquella que Tito llevara a Roma desde el Templo de Jerusalén y que Alarico el Conquistador tomara de la derrotada Roma. Dura sólo un instante; un segundo en mitad de la locura, bajo la lluvia y la muerte. Luego, un rayo, y un trueno y, en ese mágico, fugaz y celestial parpadeo, cuando más enneguecedores son los destellos del oro y las gemas, Valtario,

hijo de Walia, levanta la mirada y contempla el esplendor del tesoro de los godos.

De repente, un caballo empuja al suyo y un enloquecido hispano se mete bajo su montura y la destripa.

Valtario cae con un grito de terror, y un hombre lo agarra del pelo y le echa la cabeza hacia atrás para degollarlo. Tiembla, al sentir el filo cortante del cuchillo en la garganta, pero, al momento, la cabeza del hombre le cae encima y su sangre le llena la boca abierta.

—¡Aquí, Valtario, aquí!

La mano izquierda de su padre es todo lo que ve. Eso, y la espada enrojecida que porta en la diestra.

Valtario se agarra de la mano de su padre, y éste lo iza a la grupa de su gran caballo de batalla. El animal relincha y corcovea; pisotea, empuja, aplasta y derriba enemigos al tiempo que la espada roja relampaguea y mata bajo la lluvia fría.

Nada más. Tan sólo más lluvia, más sangre y más lucha brutal y desesperada por las calles de Corduba. A cada paso cae un pariente atravesado por una lanza, muere un amigo destripado por una espada o se desangra un compañero cosido a puñaladas.

Pero lo logran. Unos pocos lo logran. Unos pocos salen de la ciudad. Aunque rotos, derrotados, humillados, sin aliento, sin honor, sin tesoro.

Bajo las emplomadas nubes huyen a galope como perros apaleados, siguiendo a un rey que desde ese día, tras la derrota, queda maldito y sentenciado.

Esa noche de marzo tuvo su primera pesadilla. Su amigo, el príncipe, se ahogaba en sangre, mientras él, Valtario, hijo de Walia, lloraba bajo la lluvia sin poder hacer nada.

Cada noche, desde entonces, la misma pesadilla vendría a buscarlo. Sí, y con ella, su amigo, la lluvia, las lágrimas, el sabor a sangre llenándole la boca y la muerte pronunciando su nombre.

Capítulo 1

En algún lugar de Hispania, marzo de 568

Amanece. La tierra tiembla y el nuevo sol trae a la muerte de la mano. Un trueno se acerca. Ahora puede distinguirlo. Veintiséis hombres a caballo, veintiséis guerreros cubiertos de hierro y cuero, lanzas en mano y un alarido salvaje pidiendo sangre. Su sangre. La que ahora late en sus venas y ellos quieren derramar.

—¡Ahora! —grita, y talonean los flancos de sus caballos.

El acero recoge el fulgor del nuevo amanecer y los gritos de guerra. Comienza una nueva jornada roja.

La lanza le alcanza en el costado; el filo desgarrá su cota de malla y el cuero que hay debajo. Es un buen golpe. Pero su enemigo no le dará otro. Empuja hacia delante su propia lanza y la moharra le destroza la boca. Saltan los dientes, se quiebra el hueso y la sangre y los sesos se aúnan en un violento estallido.

Por todas partes se combate. Un torbellino de espadas y lanzas. Hombres de dos facciones, de dos linajes que se odian y se matan desde hace dos semanas. La feita, la venganza de sangre, exige su precio.

Otro hombre lo ataca con la espada. Lo golpea de refi-lón en el yelmo, y entonces se le nubla la vista y nota la boca llena de sangre. Se ha mordido la lengua. Aturdido, escucha lejanos los gritos de júbilo y odio de su rival; blande a ciegas la lanza con desesperación y se echa hacia atrás en su montura. El caballo de guerra es veterano en estas lides y retrocede corcoveando. Una vez más, el noble bruto le ha salvado la vida.

Ahora puede ver de nuevo. Su enemigo se le echa encima. Pero ha perdido su oportunidad. Los caballos se empujan y se muerden entre sí, y ambos jinetes pugnan por mantenerse sobre la silla. Arroja la lanza y falla, pero también falla su enemigo. Ahora tiene en la mano su mejor arma: la larga espada de su padre. Acero, plata y muerte roja.

Con un golpe devastador, destroza el hombro del perro que ha estado a punto de matarlo y que ahora cae chillando del caballo. No hay piedad. Nunca la hay. Su montura pisotea al caído, y él se inclina para destrozarle el rostro con un nuevo tajo.

La batalla ha terminado. Ha sido fugaz. Huyen, dejando tras de sí seis muertos. Cuenta cuatro entre los suyos. Poco a poco los bucelarios y sayones se arraciman a su alrededor. Aquellos hombres fuertes tiemblan de miedo contenido, pero también de excitación y de bélico júbilo desatado.

El día termina de romper. Un nuevo día en Hispania. Un nuevo día en un reino de locos. Un reino sin rey.

Escupe sangre al suelo. Se quita entonces el yelmo y agita los cabellos. Contempla los campos y el bosque cercano. El mundo es hermoso; la vida es hermosa... «¿Por qué tanta lucha?», se pregunta, y al instante suelta una larga y salvaje carcajada que de inmediato convoca a las de sus hombres. En realidad, conoce la respuesta: son hijos de un Dios furioso. Son godos. Malditos y altaneros godos. Siempre dispuestos a combatir y a derramar su sangre y la de los demás. Siempre ha sido y siempre será así. Desde los lejanos días en que bajaron del sombrío norte para combatir a los romanos, hasta estos días presentes en que se matan entre sí.

«Somos hijos de un Dios furioso. Un Dios que habita en una espada», recuerda las palabras de su padre. Sí, su padre, que ahora yace inmóvil y frío bajo la tierra. Valtario tiene treinta años y una cuenta pendiente que saldar.

—¡Tras ellos! —ordena a voces.

Y la locura de la batalla vuelve a enronquecerle la voz.

Cabalgan. Ahora son veinte hombres los que cabalgan por los campos cubiertos de escarcha, a través del bosque sin hojas, como en una pesadilla. Los pueden ver. Los tienen delante, a poco trecho. Son hombres que huyen, hombres muertos que cabalgan sin esperanza.

Un riachuelo de aguas frías. El mismo que marca el límite entre los dos linajes. Y más y más campos, mientras el sol sigue alzándose en el cielo claro. Los caballos se cubren de espuma, y ya no le sangra la lengua. La pesadilla de sus enemigos los alcanza inexorable, implacablemente.

Ahí están. Se detienen. Se revuelven. La muerte es todo lo que les queda. Han llegado a su hogar... Una vieja villa romana, cabañas de madera, una torre, un cercado, graneros, una herrería, un establo... Un hogar. Un lugar semejante a otros muchos. Ahora, un lugar donde morir y donde el pánico se alza en estos momentos como único señor.

Entrechocan las armas. Alaridos, gritos de batalla y muerte, maldiciones y ofensas, pero también chillidos de mujeres asustadas que ven morir a sus hombres y de siervos que huyen a través de los campos; y llantos de niños y ladridos de perros. Sangre, miembros, vísceras... Muerte por doquier. Y un fuego; un fuego que prende sobre el tejado del establo, y entonces se alzan los enloquecidos mugidos de las vacas. Fuego, sangre y miedo; y más muerte. Una mujer cae atravesada por una lanza, un niño decapitado, un hombre llora mientras trata de sujetarse los intestinos. Siempre la muerte. Jubilosa, cruel, codiciosa muerte...

El señor del lugar, el hombre que mató a su padre a traición, está frente a él. Pretende intimidarlo antes de atacar. Es un revoltijo de ojos desencajados y boca abierta en un alarido que parece eterno y pétreo. Suelta un grito de rabia, de locura, de agonía... Valtario es el lobo y el cuervo, y la piedad nunca susurra en su oído. Su espada se abalanza una y otra vez sobre su enemigo hasta convertirlo en un despojo roto, en un estertor encarnado, en un sangriento silencio.

Ya cae la tarde. Todo ha terminado. La muerte está ahí-ta, y él se siente cansado. La feita, la venganza, está cumplida. Su padre debe de estar sonriendo... Valtario sabe que eso no debería pensarlo un buen cristiano, pero él no es un buen cristiano. Puede que, incluso, no pueda ser nada bueno. Pero tampoco le importa.

Se inclina sobre el cuerpo del señor del lugar y le quita el pesado collar de oro y una áurea fíbula romana en forma de grulla adornada de esmeraldas. Se alza con el botín. Contempla el cadáver un momento, y luego le escupe. Entonces su mirada se detiene en la mano mutilada, y un destello atrae su atención. Se inclina de nuevo y extrae de un dedo un ensangrentado y pesado anillo de plata. Es un hermoso y antiguo trabajo: dos fénix flanquean los costados del anillo coronado por un oscuro carbúnculo. Valtario frota la enigmática joya y, en un inesperado impulso, se la coloca en el índice de la mano derecha.

Levanta entonces la mirada y mira el lugar de la batalla. Luego camina entre los muertos... Está cubierto de sangre seca. Ha perdido a cuatro hombres y otros tres están heridos de gravedad. De repente, tiene ganas de llorar. No lo hará. Nunca lo hace. Nunca lo hará... Nunca volverá a hacerlo.

Emprenden el camino de vuelta entre las sombras de la noche, arreando ganado y una cuerda de cautivos. Tras ellos dejan a la muerte, y al fuego, y al olvido. Pero Valtario no puede olvidar. Ahora Valtario es el nuevo señor. Valtario, hijo de Walia, hijo de Ariarico, hijo de Cniva, hijo de Aorico, hijo de Valtario, hijo de Saros, hijo de Teudón, hijo de Vidar... Y todos, todos y cada uno de ellos, hijos del Dios furioso.